

## | SILVIA Y YO |

ME HAN REGALADO UNAS GAFAS de sol como las que llevan los chicos de mi clase. Son negras, alargadas, afilan la cara y te hacen más agresivo. O más interesante, no sé. El caso es que me da pudor ponérmelas, me siento un criminal, alguien que se esconde. Además, yo siempre he despotricado contra las gafas de sol porque nadie las usa para protegerse del sol, sino para ocultar su verdadero yo y transformarse en otra persona. Como cuando intentas desinhibirte bebiendo tres cubatas seguidos aunque el sabor te repugne.

Estoy vagando por la ciudad. El cielo está tan abierto que la atmósfera me hace daño en los ojos y me parece que los tengo hinchados, como si tuviera gripe. Es un sábado de primavera y la casa estará en silencio durante el fin de semana: mis padres siguen en la finca y mi hermano se ha marchado con unos amigos. He calentado unas sobras que apenas he tocado y he cogido la escúter hasta la parada. Y después de un recorrido en autobús interprovincial de diez

minutos, he llegado a la Plaza Castilla. Luego el 27, Castellana abajo hasta Colón, donde la amplitud de espacio me ha relajado. Es la hora de la siesta, así que hay poca gente por la calle, que es lo que yo buscaba. Pero en esta plaza estoy demasiado a la intemperie, ahora me doy cuenta. Era esto o un callejón oscuro e intransitado. Al principio, esa perspectiva de estrechez de aceras y portales sórdidos me aterraba y ahora creo que hubiera sido la elección correcta. Claro que estoy a tiempo de buscar uno, a la sombra de los edificios de la gran ciudad, evadido de las miradas de la gente. Y sin embargo aquí estoy, voy a protegerme de una luz que no es dañina, a pavonearme de una seguridad que no tengo como todos los compañeros a los que desprecio.

Sí, hay varios quioscos de prensa, uno en cada esquina de la plaza. Y alguno más allá de los bulevares y calle arriba: en Génova, en Goya. Los rodeo de lejos, como si fueran toros bravos sin cercar. Cruzo la avenida y deambulo por el parque, bajo una celosía cuajada de capullos de flores a punto de abrirse. De improviso, tras una de las macroestructuras de hormigón del monumento al descubrimiento de América, un quiosco se me echa encima. Demasiado próximo, pienso al instante, sus paredes adornadas con un mosaico de brillantes y coloridas revistas, y la metálica boca abierta ofreciendo los diarios con aliento a tinta y papel recién impreso. No consigo distinguir al quiosquero, sólo hay una pareja en un banco cercano, ocupados en acariciarse la cara y reír. Aprieto los puños, tengo que atreverme en algún momento, ¿no? Saco del bolsillo de mi cazadora vaquera las gafas de sol y me las pongo.

Mi padre enarcó una ceja cuando se las pedí por mi cumpleaños y no le culpo. Aunque estará contento con el cambio, supongo. No creo que haya olvidado nuestras